

que el hombre cuerdo y prudente sabe sacar provecho de sus mismos enemigos. Un enemigo sensato y entendido, dice un Poeta de Oriente, es menos malo que un amigo necio é imprudente. Exhortando un adulator á Filipo de Macedonia á que tomase venganza de lo mal que Nicanor atrevida y osadamente habia hablado de él: *¿no será mejor, le respondió este príncipe, ver si yo he dado lugar á ello?* Este mismo príncipe decia que los oradores de Atenas, hablando mal de él, le ofrecian el medio de corregirse de sus faltas (1).

Podemos, pues, sacar grandes y provechosos frutos de nuestros enemigos, para con los cuales nada nos dispensa de ser humanos y justos. Así que, digamos con Theógnides: *yo no despreciaré á ninguno de mis enemigos, si es bueno, ni ensalzaré á ninguno de mis amigos, si es malo* (2).

(1) Plutarco: Dichos notables de los Príncipes: y en el tratado de la utilidad de los enemigos.

(2) Poete Græci minores.

CAPITULO VI.

Deberes de los Amos y de los Criados.

Los ricos, como se ha visto, hacen dependientes suyos á los pobres, y, por los bienes y ventajas que los dispensan, ejercen sobre ellos una autoridad legítima, esto es, confesada y consentida por estos, cuando por ella gozan de un bienestar que no podrian conseguir por sí solos. Este es el fundamento natural de la autoridad que los amos ejercen sobre sus criados. Esta autoridad, como todas las demas, se convierte en tiránica usurpacion, si se ejercita de un modo injusto y cruel; ningun hombre, como así debemos repetirlo, puede adquirir derecho de mandar á otros á fin de hacerlos infelices; los malos tratamientos de un amo injusto é inhumano son violencias manifiestas que las leyes debieran reprimir.

Entre los romanos, cuyas leyes eran tan feroces como ellos, los esclavos no eran tenidos por hombres; á estos bandidos les parecia que el cautiverio los desnaturalizaba; sus amos ó señores pudieron por mucho tiempo disponer hasta de su misma vida, tratándolos como á unos cuadrúpedos destinados á servir de juguete á sus bárbaros caprichos. Mas despues otras leyes mas humanas quitaron á los

amos la facultad de ejercer una tiranía tan odiosa y detestable, y establecieron que los esclavos fuesen tratados como hombres. Por último, la esclavitud fué abolida en la Europa; y los gefes de las familias se sirvieron de hombres libres, quienes, bajo ciertas condiciones, consintieron en servirlos del modo que ellos podian desear, y eximirlos así de los trabajos que les eran penosos.

De este modo la razon humana, desenvolviéndose con el tiempo, ha ido curando poco á poco á las naciones de su barbarie, y atrayéndolas á unos usos mas justos, y conformes á la moral é interes del género humano. Esta moral grita á todos los habitantes del mundo, que ricos y pobres, poderosos y débiles, felices y desgraciados, todos son de una misma especie, y todos tienen iguales derechos á la equidad, beneficencia y piedad de sus semejantes.

Mas á esta voz se hacen sordos los mismos Europeos, cuando su insaciable codicia los ha transplantado al nuevo mundo: en estos climas los vemos mandar como verdaderos tiranos á los desventurados negros, que un odioso comercio compra como viles animales, para venderlos despues á unos amos inhumanos, que los hacen sufrir las crueldades y caprichos de que son capaces la insolencia, la impunidad, la avaricia. Sin embargo, este abominable tráfico está autorizado por las leyes de

naciones que se tienen por humanas y civilizadas, mientras que un sórdido interes las hace evidentemente desconocer los derechos mas santos de la humanidad; esta debiera convenecerlas de que los negros son hombres contra cuya libertad los blancos ningun derecho tienen, ó á los cuales al menos debieran tratar con bondad, ya que su destino los ha sujetado á su poder. (1).

Los hombres no obedecen voluntaria y gustosamente á otros sino cuando su obediencia les es útil. Los amos forman con sus criados una sociedad en virtud de cuyos pactos y condiciones los amos se obligan á cuidar de sus cria-

(1) No hace mucho que los papeles ingleses denunciaron á la execracion pública la insolente crueldad de un habitante de la Jamáica, el cual acostumbraba á que seis negros tirasen de su silla volante, gobernándolos él mismo en medio del calor mas rigoroso, y haciéndoles correr á latigazos legua y media por hora. Segun una relacion de la misma isla, un habitante de ella tuvo un dia la crueldad de meter en un asador á uno de sus negros. Semejantes horrores prueban los excesos de insolencia á que las riquezas suelen llevar á los hombres, cuando no son reprimidos por la educacion y las leyes. ¿Como el pueblo ingles, tan zeloso de su propia libertad, abandona á los infelices negros de este modo á los caprichos de sus colonos Americanos? Mas el interes sórdido del comercio ahoga en los traficantes los gritos de la humanidad. El sensible Marques de Beccaria, en su tratado célebre de *Delitos y Penas*, dice que *en todas las sociedades humanas reina un esfuerzo continuo, que se dirige á conservar el poder y felicidad á una porcion de asociados, y á reducir á los demas á la opresion y miseria: las buenas leyes deben oponerse á estos esfuerzos*, etc. Mas las leyes, hechas por opresores y señores, raras veces se proponen por objeto los intereses de los infelices.

dos, y á proporcionarles su bienestar, y los medios de subsistir que ellos no podrian conseguir por sí mismos: en cambio de esto los criados se obligan á servir á sus amos, esto es, á trabajar en beneficio de ellos, á recibir sus órdenes, á cumplirlas fielmente, y á velar sobre sus intereses: de donde se deduce con claridad que la justicia exige que las condiciones de este contrato sean cumplidas religiosamente por una y otra parte, puesto que ningun hombre puede obligar á otros al cumplimiento de las condiciones que él quebranta.

Mas, como una desgraciada esperiencia lo acredita, la grandeza, el poder y las riquezas hacen por lo comun olvidar la equidad y justicia; las personas que disfrutan de estas preeminencias se persuaden ordinariamente que nada deben á los que carecen de ellas; estos infelices, lejos de excitar compasion y benevolencia en los corazones de los felices y afortunados, solo parece que les inspiran un orgullo insultante, y llegan á creer que el miserable que ven abatido á sus pies, es un ser de una especie muy diferente de la suya. Contentos con hacerse temibles, la mayor parte de los hombres se afanan poco en hacerse amables.

Una disposicion tan contraria á la humanidad debiera ser combatida y desarraigada con el mayor cuidado en la infancia. Nadie mas imperioso que un niño á quien la mas pequeña resistencia y contradiccion le irritan y con-

mueven causándole convulsiones de cólera: si la educacion no trata de reprimir en tiempo estos primeros ímpetus, despues se cambian en costumbres indestructibles. La altivez, la dureza y cólera habitual de un amo con sus criados son siempre indicios de mala educacion. *Acostumbraos*, dice Madama de Lambert, *á usar bondad con los criados. Un antiguo (Séneca) dice, que es menester mirarlos como á unos amigos desgraciados. Reflexionad que solo al acaso debéis la diferencia que hay de vosotros á ellos. No les hagáis sentir su mala suerte; no aumenteis el peso de sus penalidades y trabajos; nada es tan vil y bajo como el ser altivo con el humilde. -- Amad el orden, y templad la gravedad que como amo os conoíene, con la dulzura y afabilidad; acordaos siempre que como hombres son vuestros iguales, y que no hay proporcion entre el mayor salario y la dura necesidad en que se halla el que tiene que servir á otro.*

Nada puede añadirse á estos consejos tan sabios, tan justos y tan humanos. Jamas con una conducta altiva y dura logrará uno estar bien servido; la cólera del amo turba al criado, le irrita interiormente, y le impide hacer bien y con prontitud lo que se le manda: si esta cólera es habitual, se acostumbra el criado á ella, la desprecia, y de continuo abriga un odio oculto y reprimido, que puede reventar de un modo muy funesto. Muchos amos, con su conducta imprudente, se asemejan á

los guardasferas, los cuales excitan su ferocidad á riesgo de ser tarde ó temprano devorados por ellas: así que deben mirar á sus criados como á enemigos, pues que de su parte hacen por sofocar en sus almas todo sentimiento de afición y de honor. Casi siempre los malos amos hacen malos criados. ¿ Debemos nosotros, dice la misma Madama de Lambert, esperar que nuestros criados carezcan de defectos, nosotros que les mostramos los nuestros todos los días? Es menester sufrirlos. Cuando os manifestais á ellos irridados y coléricos, ¿ que espectáculo ofreceis á su vista? No os privais así del derecho de reprimirlos?

Un amo prudente debe considerarse interesado en velar sobre la conducta y costumbres de sus criados; su seguridad y vida dependen de su fidelidad. ¿ A cuantos peligros no se espone diariamente el amo de un criado borracho, jugador y disoluto? Estos vicios, sobre todo en unos hombres sin razon ni principios, pueden tener las mas terribles consecuencias.

Si los amos han tenido la felicidad de haber recibido una educacion mas racional que sus desventurados criados, deben acreditarlo en su conducta. *Dad*, dice la misma Madama de Lambert, *buen ejemplo á los criados, y pensad bien, ¡ ó hijo mio! que un amo se abate de un modo vergonzoso, y se hace inferior á sus criados, cuando estos son testigos ó ministros de sus crímenes, y no encuentran en él las buenas cualidades, que únicamente hacen á un amo digno del respeto y acendrado cariño de sus domésticos.*

Ua

Un amo disoluto, distraido, cargado de deudas, que por medio de engaños y estafas procura satisfacer sus vicios y locuras, ¿ es acaso un hombre respetable á los ojos de su criado? Una ama que hace á sus criadas confidentes de sus intrigas criminales, ¿ tiene derecho á su estimacion y obediencia? ¿ No deben con razon temer á cada instante que publiquen los vergonzosos secretos de que son depositarias?

Para ser amado, es menester que un amo sea bondadoso con sus criados; para ser temido, es necesario que observe una conducta grave y decente, de que no tenga que avergonzarse aun cuando fuese pública. La bondad del amo no consiste en una familiaridad que le haga despreciable; consiste en mostrar benevolencia á sus criados, asistirlos y socorrerlos en sus enfermedades, ayudarlos en sus lícitas y honestas empresas, agradecer su buena conducta, y recompensarlos de su cariño y vigilancia. Una familiaridad escensiva disminuye el respeto y puntualidad de los criados; nada es mas monstruoso que una casa en que los criados sean amos; los que deben mandar en ella son entonces esclavos, y un entero desórden es el efecto irremediable de esta escandalosa democracia. ¿ Cuantas familias vemos divididas y arruinadas por la facilidad de los amos en dar oídos á chismes y cuentos de sus criados! Las mugeres, principalmente, son las que padecen esta debilidad, de la

Tomo III.

II

cual resultan frecuentes riñas y disensiones entre esposos, parientes, hijos y amigos. Aun cuando estos chismes no hiciesen mas que dividir á los criados entre sí, siempre perjudicarian al buen orden y armonía de una casa bien gobernada. Los criados están demasiado poseidos regularmente de sus vicios y pasiones, para que les den oídos los amos racionales y prudentes; sus quejas y contiendas cesan prontamente en no dándoles entrada ni apoyo; pero si los amos las oyen y quieren remediarlas, entonces son interminables.

El estado feliz ó desgraciado de una casa anuncia el carácter de los que la gobiernan. Una casa bien regulada, una familia bien unida, y unos criados obedientes y pacíficos, anuncian un amo justo y respetable: por el contrario, una casa desordenada, desunida y llena de criados alborotadores y chismosos, anuncia en su señor una conducta desarreglada, vicios, ó al menos indolencia. Nada es menos comun que una casa bien ordenada, á causa de que nada es mas raro que amos capaces de establecer y mantener en ella un buen arreglo. Un amo virtuoso y vigilante se sirve de criados virtuosos; él los hace tales con su propia conducta; los bribones, no encontrando cabida en una casa semejante, pronto se despiden y la dejan.

Criados insolentes anuncian por lo comun amos orgullosos y soberbios. Nada es mas molesto é irritante en la sociedad que la impertinencia frecuente de los criados de los ricos y gran-

des (1). El modo arrogante con que estos altivos reciben ordinariamente al mérito tímido, y al trémulo y medroso infortunio, es una de las infelicidades y desgracias mas crueles que sufre la virtud reducida al triste estado de suplicar y pretender. Un amo, si no es un inhumano, debe castigar con severidad á sus criados, cuando son descomedidos; el odio que irremediablemente causa la insolencia recae sobre él mismo. ¡Hay nada mas vil y bajo que la vanidad de esos hombres altivos que tienen por interesada su grandeza en sostener la impertinencia y atrevimiento de sus mas ínfimos criados?

La impunidad de que gozan en muchas naciones los grandes y ricos, se comunica á sus criados, y es un manantial de males para el pobre falto de protección. En las grandes y populosas capitales, nada es mas frecuente que ver por las calles gentes atropelladas por el atrevimiento y perversidad de los cocheros, ó el descuido y vanidad de sus amos. ¡Qué necias ideas de gloria no es preciso que tengan los amos que, como sus criados, se complacen en inspirar un continuo terror y sobresalto á cuantos van por su camino! ¡Qué corazones serán los de esos arrebatados y furiosos, que juegan con la vida de sus conciudadanos! Un artesano, un padre ó madre estropeados reducen una numerosa fa-

(1) *Máxima quæque domus servis est plena superbis.*
Juvenal. Satyr. 5. vers. 66.

milia á la infelicidad y miseria; y semejantes escesos, ¿es posible que sean indiferentes entretenimientos para la soberbia opulencia y sus insolentes criados? Leyes severas debieran reprimir la impetuosidad de esos ricos y grandes ociosos, cuya urgentísima ocupacion no es otra que la de correr de aquí para allí para entretener su fastidiosa ociosidad. Una policia exacta y rigurosa debiera castigar ejemplarmente á esos criados que, protegidos de un poderoso amo, se atreven á insultar, herir y maltratar á las gentes honradas, que tan respetadas debieran ser por ellos. Las almas bajas son arrogantes é insolentes cuando tienen favor. Por otra parte, los soberanos y magistrados, que estan libres de los riesgos y peligros que rodean al pobre, no cuidan de evitarlos, y usan siempre de una funesta indulgencia con la grandeza y opulencia. Nada en la sociedad debiera ser mas sagrado que la vida del mas infeliz ciudadano, por lo comun mas útil al estado que no el rico, que le arruina. No hay negocios ni causas algunas urgentes, que puedan disculpar á un temerario que con la precipitada carrera de su coebe ó su caballo hiera ó mata á un hombre. ¡ Pues qué la vida de los hombres se reputa por nada en los paises cultos!

En los estados donde reina el lujo, los grandes, por una necia vanidad, incitan ellos mismos á sus criados á que olviden sus deberes. El vestir costosa y ricamente á estos hombres gro-

seros, los hace creer que valen más que los ciudadanos modestos, á quienes debieran respetar. El vulgo imbecil frecuentemente juzga de las personas por sus vestidos; el hombre de mérito se ve muchas veces espuesto á los menesprecios de un lacayo, que se figura superior á él porque tiene mejor vestido. El criado debe estar vestido de un modo conforme á su estado, y las leyes debieran reprimir un fausto que confunde las diversas clases de los ciudadanos. ¿ A veces vemos los lacayos de un grande ó un cualquiera mas ricamente vestidos que un militar degraçado, que por muchos años ha espuesto su vida en servicio de su patria! El pobre pretendiente se ve precisado con frecuencia á sufrir unos gastos que esceden á sus escasas facultades, solo por no ser despreciado y groseramente despedido de los mas ínfimos é insolentes criados.

Un amo es responsable al público de la conducta de sus criados; á él es á quien pertenece reprimir en ellos los vicios perjudiciales á la sociedad: al ver á esta inestada de tantos criados soberbios, corrompidos y libertinos, debemos inferir que los ejemplos de sus amos contribuyen á multiplicar sus desórdenes. Amos de malas costumbres hacen á sus criados confidentes y ministros de sus vicios y extravíos; sus almas envilecidas con este infame oficio se hacen estrañas á todo lo que es virtud y honor; el criado quiere imitar, y para con-

seguirlo recurre al robo y á la estafa. Así los malos amos vician á sus criados, siendo sin embargo tan injustos que se quejan de sus bajezas y rapiñas, cuando son ellos la primer causa de ellas: de este modo, enseñándolos con su ejemplo á despreciar las buenas costumbres, los conducen al crimen.

Por otra parte, el lujo, que multiplica los criados en las ciudades, llena la sociedad de holgazanes y viciosos, á quienes todo los incita y estimula á desórdenes, á fin de ocupar el vacío de un tiempo que no saben emplear. La ociosidad de los criados es para ellos mismos, y para los demas, un manantial fecundo de excesos y vicios. Una política prouida y diligente debiera remediar los inconvenientes del lujo, el cual priva los campos de cultivadores, y atrae á las ciudades un sinnúmero de perezosos sin principios y sin costumbres, cuya principal ocupacion es propagar la corrupcion á las últimas clases del pueblo.

El hijo de un labrador, que en el campo es útil y necesario, se hace dañoso y perjudicial en el servicio de la ciudad. En esta regularmente se ocupa mal, aun cuando tenga buenas costumbres. Si se casa para conservarlas, llena la sociedad de hijos, á los que pocas veces puede educar y sostener sin recurrir á medios perjudiciales á su señor; por otra parte, sus hijos al llegar á ser hombres, se ven obligados por lo comun á buscar en la diso-

lucion, y aun en los crímenes, medios y arbitrios de librarse de la indigencia en que han nacido (1). Los matrimonios de los criados son evidentemente uno de los manantiales y causas de tantas prostitutas, de tantos rateros, jugadores, holgazanes, y malechores de toda especie que inundan las naciones opulentas. Los pobres en el campo se dedican al trabajo; mas los pobres en la ciudad se entregan al delito ó la mendicidad, medios ambos casi igualmente perniciosos á la sociedad.

Si la multiplicidad de criados le es lisongera y agradable á la vanidad de algunos amos, no por eso es menos contraria á sus intereses que á los del público; porque se ven peor servidos, y llenan sus casas de una multitud de holgazanes, cuyos robustos brazos no pueden ser empleados útilmente. Una familia muy numerosa es una máquina muy complicada para dirigir sus movimientos bien y fácilmente. La multiplicidad de criados produce en las casas opulentas abusos, rapiñas y robos de estilo, encubiertos bajo el nombre de *gages* ó *derechos*, que los amos débiles ó fáciles tienen la flaqueza de tolerar. Mas esta facilidad cria ingratos, y esta pretendida generosidad bribones, que se juzgan autorizados para estafar y robar siempre que pueden hacerlo sin peligro.

(1) Ningunos, segun Bayle, procrean hijos de mejor gana que los pobres, porque saben que no han de mantenerlos.

Todo nos prueba que un número excesivo de criados, por los desórdenes que acarrea, es una de las principales causas de la ruina de las casas grandes, y de la poca ó ninguna riqueza que comunmente se halla entre los grandes; porque por no tener tiempo ó capacidad para ocuparse en sus propios negocios, se valen regularmente de hombres mercenarios, que aprovechándose de sus desórdenes y negligencia, aceleran su destruccion. *El ojo del amo...* es un proverbio que todos tienen en la boca, pero cuya práctica no observa la disipacion, la inconstancia y el vicio.

Solamente una vanidad pueril ha podido persuadir á los grandes que era impropio de ellos atender á sus negocios, y desempeñarlos por sí mismos, y que la grandeza consiste en no entender de nada, en dejarse devorar por una gavilla de criados inútiles, en sufrir sus vicios y desórdenes, en dejarse arruinar con deudas, y en verse de continuo importunados y perseguidos de acreedores. Un modo de pensar tan extraño es una consecuencia de las preocupaciones góticas de la nobleza, que la persuadian á que, escepto el oficio de la guerra, le era honroso ignorar todo lo demas. A los ojos de la razon nada es mas deshonesto que la negligencia é impericia, que nos condenan á ser víctimas de la malicia de los pícaros. Nada es mas vil y despreciable que reducirse por su mismo descuido á cierta especie de miseria. ¿Qué

diferencia hay entre un pobre y un rico cuya hacienda está embrollada con enredos y deudas? ¿Hay cosa mas injusta, vil y baja que constituirse por su culpa y sus locuras en estado de privar á los acreedores de lo que se les debe, y de aumentar las deudas, sin intencion de pagarlas? Si la grandeza consiste en una conducta semejante, los grandes debieran ser mirados como los mas locos y despreciables de los hombres. *Justo es y conveniente*, dice Plutarco, *cuidar uno de sus propios bienes, para abstenerse de los ajenos* (2).

Todo cabeza de familia, por su propio bien y el de sus descendientes, debe atender y cuidar sus negocios; su vigilancia es obligacion, y su negligencia seria un vicio imperdonable. El amo sabio y prudente encuentra una ocupacion agradable en el cuidado y atencion de sus propios asuntos; establece una sabia economia, como el único medio de que en su casa reine la abundancia; quiere ser por sí mismo dueño de su felicidad; sabe que el desorden y la indigencia sumergen á los grandes en la dependencia y desprecio, y que el imprudente que se arruina, se vé precisado á recurrir á medios indignos de toda alma justa y noble. Las bajezas é infamias que frecuentemente deshonoran á los grandes, son causadas por la falta de

(1) Plutarco, *vida de Filopemenes*. Xenofonte pone en boca de Sócrates, que conviene á todo hombre sensato, y que es buen ciudadano acrecentar sus propios bienes.

economía , y los enormes gastos á que los arrastran su vanidad , su pereza y desarreglos. Es preciso avillanarse cuando se quiere sostener ó reparar una fortuna destruida con caprichos y estravagancias.

¿ Hay una posicion mas feliz que la de un gefe de familia virtuoso y sabiamente ocupado en el desempeño de sus deberes? Los cuidados que se toma , tienen su recompensa en el amor y sumision que experimenta de parte de cuantos le rodean ; goza de sus bienes , de los cuales raras veces suelen gozar los grandes ; hace abundantes los mas estériles terrenos ; alienta y anima la industria de sus arrendatarios y colonos ; tiene el placer de criar , de mandar á la naturaleza , y obligarla á obedecer sus órdenes , y corresponder á sus deseos. A sus ojos todo prospera ; sus vasallos trabajan y se enriquecen ; sus criados segundan sus designios , y participan con su señor de su opulencia , y esta le facilita los medios de premiarlos y de hacerlos felices.

Este es el objeto que , por su propio interes , deberían proponerse los señores , los grandes y hacendados : una vida semejante , ¿ no seria preferible á esa vida inquieta y fastidiosa que pasan en las cortes ó capitales , donde á fuerza de diversiones y placeres se arruinan y destruyen , y al fin de nada gozan ? Solo causando bien y felicidad á un grau número de hombres , es como se puede ostentar la grandeza y poder : ocupán-

do á los hombres , es como se los puede enriquecer , y enriquecerse legitimamente uno á sí mismo ; ocupándose útilmente , es como uno se sustrae del fastidio y desórden , y como previene al mismo tiempo los desarreglos de criados y dependientes ; en fin haciendo á estos felices con beneficios reales y verdaderos , es como se les inspira respeto , obediencia y amor de sus deberes.

El criado debe respetar en su amo á un hombre de quien depende su propia felicidad ; su interes le empeña y estimula á manifestarle invariablemente la deferencia que su estado le prescribe : un criado debe temer desagradar á su amo con modales altivos y soberbios , ó con indiscretas murmuraciones y chismes ; debe asimismo armarse de paciencia , porque la paciencia es la virtud de su estado , que le destina á sufrir las variaciones á que están sujetos los hombres ; con ella desarmará el criado la cólera del amo ; y la esperiencia le demostrará seguramente que el furor mas exaltado se aquieta y desvanece con la sumision y dulzura ; un buen criado , en fin , obedecerá sin réplica las órdenes de su señor. Si este es justo y prudente mandalo que es justo y hacedero ; y si es injusto , deber ser dejado. El criado cumplirá con el trabajo ó tarea que se le prescriba , y hará cuanto estuviere de su parte para llenar sus obligaciones y deberes. Evitará de consiguiente la torpeza é imperfeccion en sus obras y trabajos , que suelen ser

efecto de la precipitacion ó falta de cuidado; y le tendrá aun en las cosas mas pequeñas, para evitar reprensiones, siempre vergonzosas y sensibles; será exacto y puntual, á fin de no acarrear el enojo de aquel cuyo contento y benevolencia le son necesarias y provechosas.

Un buen criado debe observar sobre todo las reglas de la mas exacta y rigurosa fidelidad; tendrá presente de continuo que al entrar al servicio de su amo se obligó, no solo á respetar su propiedad, sino tambien á defenderla contra cualquiera, y á confundir sus intereses con los suyos, mirando estos como propios. Por un abuso contrario á la justicia, los criados se acostumbran á exigir retribuciones de los que abastecen de comestibles ó mercaderías las casas de sus amos; mas un criado fiel reconocerá fácilmente que estos pretendidos *provechos, gages y derechos*, aunque autorizados por el uso de los malos criados ó de los amos negligentes, atendidas las causas porque se dan y se reciben, no pueden reputarse legitimos, y son en realidad unos robos encubiertos.

En fin, un criado honrado y laborioso huirá de la ociosidad, mirándola como el camino de los vicios y delitos; procurará invertir en algun trabajo provechoso aquellos ratos de libertad y descanso que le permita el servicio de su amo; y de este modo empleará ventajosa y útilmente el tiempo, que los criados perezosos dan al juego, borracheras y disolucion. Con una con-

ducta semejante, un criado debe prometerse el aprecio, reconocimiento y cariño de todo amo en quien la vanidad no haya sofocado toda justicia y gratitud. Despreciar á un criado tal, seria estar un amo falto de razon y equidad, Un criado fiel y leal, es un amigo mucho mas seguro que la mayor parte de los que se encuentran en el mundo; un amo que no usase con él de consideracion y reconocimiento, seria enemigo de sí mismo, y seria digno del desprecio. ¿Cuántos esclavos se han visto que, á pesar del cruel oprobio con que la preocupacion los mira, han mostrado á sus señores un zelo y generosidad sublimes, por las que merecian ser celebrados y encarecidos con mayor razon que tantos héroes que el Universo admira (1).

(1) Valerio Máximo refiere muchos ejemplos de esclavos que sacrificaron su vida por salvar las de sus señores. Tácito cita al esclavo de Pison: hallándose este condenado á muerte, su esclavo tomó su nombre, y se dejó quitar la vida por él. Bajo el imperio de Caligula, una muger esclava sufrió con el mayor valor la tortura mas cruel, sin haberla podido hacer que confesase cosa alguna en perjuicio de su señor. El ilustre Catinat, desgraciado y falto de todo, halló en su ayuda de cámara un amigo generoso, que puso en sus manos con el mayor gozo y emocion lo poco que tenia. ¿Cuántos oficiales y generales, en medio de los peligros de la guerra, han debido la vida á sus criados, que se han espuesto á los mayores riesgos por salvarlos? ¿Estos son, sin embargo, los hombres á quienes unos amos orgullosos y soberbios apenas se dignan mirar como á criaturas de su especie! Amos hay que miran á sus criados como á bestias; apenas los permiten comer, dormir ni descansar; no quieren el que estos infelices lleguen á estar cansados ó enfermos, que sean sensibles al dolor, ni se resientan de los ultrages y crueldades que los hacen padecer.

Cesen, pues, los hombres allivos y soberbios de ultrajar con duros tratamientos á unos criados, necesarios á su felicidad, y sin los cuales se verian precisados á servirse ellos mismos: respete un amo en su criado la humanidad

Unos Sibaritas corrompidos, y mugeres á quienes la menor fatiga se les hace insoportable, olvidando su propia miseria, su ineptitud y su debilidad, exigen una resistencia, una prontitud y agilidad imposibles en los infelices que los sirven. En América y en Asia, donde el calor del clima aumenta la natural indoleucia y pereza, una muger, tan delicada que es incapaz de alzar un pañelo del suelo, hace castigar con la mayor crueldad á sus esclavos por las mas pequeñas faltas. En general se observa que no hay servicio mas duro é insufrible que el que se hace á los hombres de poco acá, y que de la nada han llegado á elevarse y enriquecerse: embriagados con el poder que no se hizo para ellos, ejercen un imperio cruel sobre sus desgraciados sirvientes. *Ninguno*, dice Claudiano, *mas duro que el hombre que de la nada ha subido á una grande altura. Asperius nihil est humili qui surgit in altum.* La altivez y crueldad con los criados acreditan injusticia, ingratitud, mal corazon, y sobre todo mucha debilidad. ¿Hay cosa mas débil que ejercer un cruel poder sobre los miserables que uno ve sin defensa alguna encadenados á sus pies? Sin embargo, estos hombres despreciados, que sirven de juguete á los mas bárbaros caprichos, han mostrado repetidas veces unos pensamientos de honor y heroismo, de que sus indignos amos y señores serian enteramente incapaces. En un establecimiento Europeo del nuevo mundo, faltando en él un verdugo ó asesino que quitase la vida á unos negros fugitivos que habian sido cogidos, para suplir esta falta un criollo mandó á uno de sus esclavos que ahorcase á estos infelices; el esclavo desparreció repentinamente; pero pronto volvió trayendo un machete en una mano, con el cual él mismo se había hecho saltar la otra; y presentando entouces el brazo troncado y chorreando sangre á su Señor: *fuérame ahora, digo, á que sea verdugo de mis hermanos.*

desgraciada; no le desprecie ni injurie jamas; vea siempre en él un semejante suyo, y un hombre útil á su propio bienestar; cuando haya experimentado su apego, sus continuos desvelos y fidelidad, ámele, trátele como á un sincero amigo, tenga presente que el salario que le da no le dispensa del reconocimiento, y que siempre es mucho menos de lo que le debe. ¿Hay cosa mas vergonzosa que ver á tantos amos que califican por deudas los servicios mas penosos de un criado, á quien no pagan y corresponden comunmente con altivez é ingratitud? Salarios ó estipendios regularmente escasos; podrán ser suficiente paga para un criado atento y fiel, de continuos y penosos desvelos que pueden causarle largas enfermedades, de trabajos que piden á veces fatigosos y molestos viages, y en fin, de la total y continua renuncia á su voluntad propia, cosa que tan pesada hace la servidumbre? Los hombres que de este modo se consagran al servicio de sus amos, adquieren un derecho tan justo á su cariño, que solamente la dureza y orgullo son capaces de negarlos y desconocerlos.

La injusticia y fiereza de tantos amos inhumanos son evidentemente la causa de que sus criados sean por lo comun sus enemigos; al ver su conducta, no parece sino que los miran como bestias, ó mas bien como á unos autómatos faltos de sensibilidad, en quienes pueden ejercitar libremente sus pasiones, caprichos y

ridiculeces : esto no obstante se les acrimina á estos infelices , perpetuamente exasperados y oprimidos , el que se muestren indiferentes con sus amos , que los sirvan maquinalmente , y sobre todo que solo el interes los anime. De esta manera se trabaja de continuo en irritar y comprimir los corazones de los miserables criados ; se los degrada con una insultante altivez , se los recompensa muy mal , y sin embargo ; se quejan los amos , que son desapegados , viles é interesados ! Aprendan , pues , los amos , y no olviden jamas , que la bondad sola gana los corazones , que el que trata á sus criados como á hombres , puede inspirarles pensamientos honrosos ; que quien los recompensa convenientemente , los enseña á pensar con nobleza : y en fin , que los buenos amos son los que pueden solamente formar criados buenos y fieles , y que estos , á pesar de su destino y servidumbre , son muy dignos de estimacion y aprecio.

Si la servidumbre voluntaria fuese un justo motivo para despreciar á los hombres ; como debiera mirarse la servidumbre de los cortesanos , tanto mas afrentosa cuanto los que se someten á ella no lo hacen precisados de la necesidad de subsistir , y cuando deberian tener por su clase un corazon mas elevado é incapaz de envilecerse y abatirse ? Sin embargo , arrastrados del mas vil interes , los vemos avillanarse y rendirse servilmente á los pies del crédito y

la autoridad , afanarse en consagrar al poderoso los mas bajos servicios , y sufrir con humilde resignacion injurias y baldones que no sufriria quizá el mas ínfimo criado.

Compadecemos , en fin , de los hombres infelices y desventurados ; mas no despreciemos sino á los que con su conducta envilecida se hicieren despreciables.

CAPITULO VII.

De la Conducta en el mundo , de la Urbanidad , del Decoro , del Talento , de la Alegria , del buen Gusto.

CONSIDERADOS los deberes que cada estado impone á los hombres en las diferentes posiciones en que pueden encontrarse , nos resta todavía examinar lo que se deben los unos á los otros en la vida comun del mundo , esto es , la conducta que los hombres están obligados á seguir para hacer el trato ó comercio de la vida agradable y tranquilo , y las cualidades que deben adquirir ó poseer , para merecer y conservar la estimacion y afecto de aquellos con quienes pueden tener relaciones permanentes ó pasajeras.

El comercio de la vida nos enseña con mas ó menos prontitud que medios debemos emplear para merecer la benevolencia de las personas